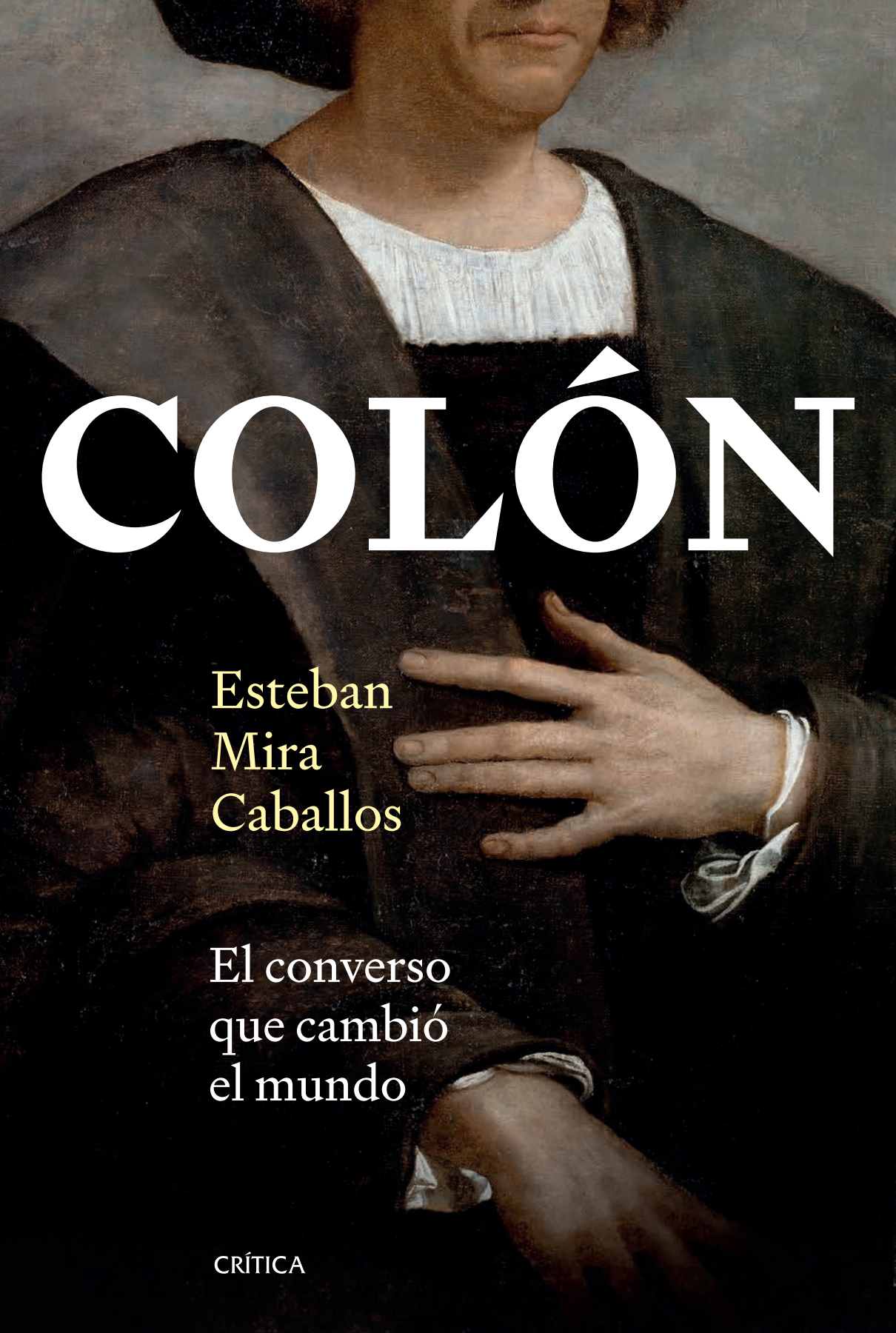


A detailed portrait of Christopher Columbus, showing his face and upper torso. He is wearing a dark, heavy robe with a white, ribbed collar. His right hand is resting on his chest, and his left hand is visible at the bottom of the frame. The background is a muted, greyish-blue.

COLÓN

Esteban
Mira
Caballos

El converso
que cambió
el mundo

CRÍTICA

ESTEBAN MIRA CABALLOS

COLÓN

El converso que cambió el mundo

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: junio de 2025
Colón. El converso que cambió el mundo
Esteban Mira Caballos

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Esteban Mira Caballos, 2025

© de los mapas, Àlvar Salom

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-778-8
Depósito legal: B. 7.543-2025
Impresión y encuadernación: Rotoprint
Printed in Spain - Impreso en España



SUMARIO

Introducción	11
1. El personaje	17
2. Sus orígenes	57
3. Su vida antes del Descubrimiento	75
4. Antecedentes del Descubrimiento	93
5. La empresa descubridora.	109
6. El regreso triunfal	147
7. La gran armada colonizadora	167
8. Sus últimas expediciones	193
9. La factoría	215
10. El ocaso del proyecto colombino	245
11. Su vida privada	263
12. De óbitos, inhumaciones y exhumaciones	279
13. Colón en la diana.	299
Conclusiones.	319
Metodología	325
Fuentes e historiografía	331
Siglas utilizadas	343
Bibliografía	345
Glosario básico.	387
Apéndices	391
Cronología	403
Notas.	407
Índice onomástico	549

Capítulo 1

EL PERSONAJE

SU PERSONALIDAD

Cristóbal Colón fue una persona muy compleja que se movió entre dos mundos, el medieval y el moderno. Exhibía a partes iguales una curiosidad científica y un misticismo extremo, aderezados con una desmedida ambición. Recurrió a la ciencia, pero sin renunciar a sus profundas creencias ni, por supuesto, al gran motor de su vida, que siempre fue la fe. Esta perfecta combinación de ciencia y espiritualidad era propia de todos estos aventureros, pues ambas, a partes iguales, explicaban la realidad que les rodeaba. Lo asiste ese espíritu inquieto tan propio de estos italianos del cuatrocientos, movido por un afán individualista de buscar la fama y la gloria, arriesgando su vida. Una actitud renacentista, aunque su concepción religiosa del cosmos es totalmente medieval.¹

Se mostró siempre consciente de su origen humilde, pese a esa frase fanfarrona alusiva a que no fue el primer almirante de su estirpe. De hecho, siempre tuvo comportamientos populacheros, por lo general mal vestido, aunque a veces le gustaba hacerse notar con algún toque ostentoso, casi exhibicionista. Él mismo, en su diario, reconoció de manera indirecta su baja extracción social, al confesar que fueron los Reyes Católicos los que le otorgaron grandes privilegios y lo «ennoblecieron».² Y, por supuesto, todos los que le conocieron personalmente —Gallo, Giustiniani, Andrés Bernáldez, etc.— fueron sabedores de sus orígenes plebeyos. Según Bartolomé de Las Casas, era sobrio y moderado en el comer, beber, vestir y calzar. Cuando estaba a bordo vestía como un marino, con una especie de capa gris que usaban todos y con un gorro confeccionado en lana carmesí. Y en tierra,

pese al uso de indumentaria oscura y del cordón franciscano, no era difícil verlo con su gorro, sus zapatos grana y algún collar llamativo al cuello.³ Al regreso de su tercer viaje, muchos dijeron que lo vieron con un hábito franciscano, aunque no podemos descartar que fuese simplemente con la vestimenta marinera que usaba y que se ceñía con un cordón, como los religiosos de esa orden a la que tan vinculado estuvo.

Su principal virtud era su profunda convicción en sí mismo y en sus planteamientos, ya que siempre se mostró como una persona enérgica y testaruda. Su amigo Simón Verde, a principios de 1498, elogió su extraordinario ánimo porque hasta entonces nadie creía que pudieran habitar allí hombres, puesto que interpretaban que solo había agua.⁴ En todo momento se mostró seguro de la viabilidad de su plan y luchó por él contra viento y marea. El apasionamiento en todo lo que decía y defendía le hacía ganar apoyos incondicionales de las personas que lo conocieron o que lo oyeron. Por momentos podía ser muy ingenioso y a veces incluso divertido, pero su principal cualidad era el fervor con el que lo vivía todo; sabía decirle a cada cual lo que convenía, lo que le otorgaba una extraordinaria capacidad de persuasión. Convenció en ocasiones a los más escépticos, aunque casi todos tuvieron claro que el posible éxito de su empresa no derivaría de sus conocimientos científicos, que está claro eran escasos, sino de su experiencia náutica, de sus observaciones personales y de las noticias recopiladas entre marinos de los puertos y las islas por donde pasaba. Prueba de ello son los grandes personajes a los que consiguió involucrar en su causa, entre ellos, fray Antonio de Marchena, los hermanos Pinzón, especialmente Martín Alonso, fray Juan Pérez, fray Diego de Deza o el duque de Medinaceli. Así era él, una persona calculadora que iba acumulando experiencias y que sabía que algún día protagonizaría una gran hazaña con la que cubriría de honor y de dinero a su estirpe o perecería en el intento.

Otra cualidad era su capacidad de aguante, puesto que era una persona muy sufrida capaz de resistir en la más absoluta adversidad cuando otros se derrumbaban. Y ello era debido a su profunda fe, que, como bien dice el refranero, movía montañas, de ahí su confianza inmovible, propia de alguien que se expresaba como un verdadero profeta. De hecho, se sentía predestinado para cumplir altos fines, el más importante de todos la expansión de la cristiandad. Todo ello le proporcionaba una fuerza asombrosa para encajar bien sus fracasos y sus errores, que siempre atribuía a la voluntad divina. Así,

tras encallar la nao *Santa María*, manifestó que había sido la decisión de Dios, para que poblasen ese lugar «e hiciesen asiento» comenzando la predicación del Evangelio.⁵ De un plumazo había convertido un desastre en un triunfo, reinventándose a sí mismo: desde ese instante su empresa no solo era descubridora, sino también colonizadora. Dejar allí a varias decenas de personas obligaba a los monarcas a enviar otra expedición, garantizando a corto plazo la viabilidad de su proyecto, pese a no haber encontrado las riquezas prometidas. Es verdad que experimentaba grandes altibajos en su estado de ánimo, dado que pasaba fácilmente de la más ferviente y orgullosa pasión al decaimiento más inhabilitante. Sobrevivió a muchas calamidades y a enfermedades crónicas que a punto estuvieron de matarlo. El 7 de julio de 1503, escribió desde Jamaica que él mismo se maravillaba, después de pasar tantas angustias, de seguir vivo y no haber perdido la razón.⁶

Esa fe ciega le otorgaba un carácter indulgente, pues, como escribió Bartolomé de Las Casas, era un gran «perdonador de las injurias».⁷ Lo demostró numerosas veces a lo largo de su vida; cuando por descuido del maestro de la *Santa María*, Juan de la Cosa, perdió la nave, se lo reprochó, pero no solo no lo denunció ante los reyes, sino que contó con él para su segunda aventura.⁸ También era capaz de aplazar un castigo para otro momento, si estimaba que la ocasión no era la propicia. Así, decía Simón Verde que con Guacanagarí fingió creerle, como «hombre sabio» que era.⁹ Como es de sobra conocido, trató de evitar que zarpase la flota donde regresaban algunos de sus enemigos, entre ellos Francisco Roldán y el pesquisidor Francisco de Bobadilla. Para ello mandó al capitán Pedro Terreros para pedir refugio en puerto por la cercanía de una gran tempestad y avisar de que se avecinaba una tormenta tropical. Se burlaron de sus vaticinios y, poco más de un día después de haber soltado amarras, a la altura de la isla de la Mona, se fue a pique la mayor parte de la escuadra. Solo el intento de evitar el desastre denota su actitud indulgente hacia unas personas que no lo habían sido con él. Poco después, naufrago en Jamaica, escribió a Nicolás de Ovando en un tono muy amable, solicitando ayuda, pese a no ser, le confesó, una persona «lisonjera», sino que más bien todos lo tenían por áspero.¹⁰ Era una confesión muy personal, sobre su propio carácter, aunque es cierto que necesitaba el apoyo o la comprensión del extremeño para salir con vida de la isla.

Poseía otros atributos bastante menos edificantes, y en distintas etapas de su vida se mostró muy ambicioso, algo que muchos han atribuido al espíritu comercial tan propio de los genoveses. No solo ambicionaba dinero, sino sobre todo honores, reconocimientos y cargos —almirante, virrey, gobernador...— con la idea de legarlos a sus descendientes, para fundar una nueva casa aristocrática. Esto último no lo consiguió él, porque, pese a sus títulos, siempre fue visto como un advenedizo, pero sí sus descendientes, que entroncaron con lo más granado de la aristocracia española. Bien es cierto que se trataba de un ideal caballeresco muy generalizado en su tiempo, del que hacían gala sin ningún pudor otros muchos guerreros y marinos.¹¹ Además, parece que usó el señuelo del oro con la idea de convencer a los inversores y a los propios reyes para que financiasen su empresa, cuyo objetivo último era la ampliación de la frontera católica.¹² Conocía el poder del oro, capaz de mover montañas, por lo que siempre lo usó para conseguir sus objetivos. En una carta a su hijo Diego le dijo que le había mandado entregar una pepita de oro de medio kilo, que había conservado pese a sus estrecheces, para que se la regalara a la reina Isabel cuando considerase más oportuno.¹³

A veces se mostró extraordinariamente ingrato, egoísta y hasta egocéntrico con los demás, como sufrió en sus carnes Rodrigo de Triana, al que le arrebató la prima que ofreció la reina al primero que avistase tierra. Este lance ha sido visto como una vileza que no han podido justificar ni siquiera sus más fervientes admiradores. Pero al margen de este caso concreto, del que hablaremos más adelante, parece obvio que no fue generoso con ninguno de sus amigos, ni les correspondió en la medida de lo que ellos le dieron, ni con Juanoto Berardi, Francisco Bardi o Diego Méndez, ni siquiera con los religiosos de La Rábida. Bien es cierto, en su defensa, que en algunas ocasiones se mostró compasivo con sus hombres, como cuando, tras llegar de su cuarto viaje, pidió que se abonasen lo antes posible los salarios atrasados de su tripulación, dado que eran todos muy pobres y habían padecido grandes trabajos.

Quería alcanzar el Cipango —Japón—, donde se sabía, o se creía, por autores como Marco Polo (1253-1324), que había mucho comercio y muchas riquezas, hasta el punto de que la casa del rey estaba cubierta con tejas de oro fino.¹⁴ Convenció a todos con el mito dorado, e incluso, tras el regreso de su primer viaje, mintió, diciendo que había oro a raudales cuando ni lo había podido verificar, ni traía muestras

en cantidades significativas. La mayor parte de los que se enrolaron en sus dos primeras aventuras descubridoras soñaban con encontrar oro, como el mítico Jasón y los argonautas, buscando su particular vellocino en las aguas del mar Negro. Una obsesión por la riqueza áurea del Nuevo Mundo que en Europa perduró hasta la primera década del siglo XVI, pese a que algunos informantes como Michele de Cuneo ya habían escrito diciendo que no había minas, más allá de las piezas que tenían acumuladas los naturales, que no fundían el metal, pero lo trabajaban martilleándolo.¹⁵ Y es que, aunque en La Española había —y sigue habiendo— oro, nunca se obtuvo en las cantidades esperadas. Sin embargo, dadas sus desaforadas promesas, él mismo se sumió en un círculo vicioso en el que continuamente debía insistir en sus falsedades, con una doble intención: primero, mantener el interés de la monarquía y de los inversionistas, y segundo, reafirmar su idea de que aquella tierra era Japón y China. Esta gran farsa mantenida durante varios años le terminó costando muy cara porque creo unas expectativas que nadie alcanzó, siendo el origen de una notable desafección y de grandes descontentos con su gestión.¹⁶ De hecho, siempre se quejó de que los colonos, al comprobar que no se pescaba el oro, solo querían regresar, de ahí que le cogiesen odio y hablasen de él peor que «de un moro».¹⁷

Colón era el tipo de persona que se mostraba permanentemente insatisfecho; daba igual lo que descubriese, los privilegios que obtuviera o el dinero que acumulase, siempre estaba pensando en ir más allá, en descubrir nuevos territorios, en encontrar un estrecho que nunca apareciera, en defender sus derechos y hasta en acumular más poder. Con frecuencia se mostró muy arrogante y soberbio, siempre descontento, un quejica redomado. Incluso, podía mostrarse irascible cuando se le contradecía, y en este sentido es conocido el lance que tuvo con Jimeno de Briviesca, uno de los hombres de Fonseca, cuando preparaba su tercera jornada descubridora, que, por ciertas diferencias que tuvo con él, le propinó «muchas coces y remesones».¹⁸

Tenía una personalidad con muchos matices, pues era al mismo tiempo «apasionado y cauto, colérico y calculador, materialista y predestinado».¹⁹ En ocasiones se podía mostrar como un exaltado disertador y en otras exhibía un trato difícil y agresivo que le granjeó no pocos enemigos. Por tanto, son varios los sustantivos y adjetivos que lo definen: marino, mercader, usurero y profeta.

SU FORMACIÓN

Cuando aludimos a su formación nos referimos a los saberes que acopió de manera paulatina leyendo varias decenas de obras, ya que nunca tuvo una enseñanza reglada, ni alcanzó ningún grado académico. Fue ante todo un autodidacta, con una escasa formación académica, aunque de ahí a ser un analfabeto, como sostuviera Samuel Eliot Morison, o un alma inculta, como escribiera Marcelino Menéndez Pelayo, hay un abismo.²⁰ Fernán Pérez de Oliva, siguiendo de cerca a Pedro Mártir de Anglería, escribió que estaba poco cultivado en letras, pero muy ejercitado en el «arte de navegar».²¹ El propio almirante, en una carta dirigida a los reyes, les confesó que Dios en cuestiones de marinería le hizo «abundoso y de alma ingeniosa», pero de astrología, geometría y aritmética solo supo lo suficiente.²²

La única educación reglada que recibió fue en primeras letras. Según fray Bartolomé de Las Casas, su progenitor lo llevó a una escuela del gremio de laneros de su ciudad natal, donde aprendió algo de matemáticas y de geografía.²³ Efectivamente, sabemos que el gremio o la hermandad de laneros de esa urbe prestaba servicios educativos a los retoños de sus asociados y enseñaba unos rudimentos de aritmética, geografía y náutica. Una educación que lo marcó para toda su vida, pues allí debió de despertar su curiosidad científica, al tiempo que aprendió los primeros conceptos náuticos y las posibilidades lucrativas que el comercio siempre había ofrecido a la ciudad del Tirreno.

Hernando Colón y, siguiendo a este, el padre Las Casas sostuvieron que estudió geometría, cosmografía y astrología en la Universidad de Pavía, tratando de ofrecer una imagen de hombre de ciencia que en absoluto se correspondía con la realidad. Se trata de una nueva artimaña de su vástago para lustrar a su progenitor, pese a que en esos momentos esa universidad no tenía ningún prestigio en cuestiones náuticas y cosmográficas.²⁴ Sus estudios universitarios no solo no se han podido verificar, sino que no resultan plausibles, ya que su familia no poseía la capacidad económica para pagarle una carrera.

Por tanto, está claro que no atesoró unos amplios conocimientos científicos, pues como escribió Victor Hugo, si hubiese sido un gran cosmógrafo jamás habría descubierto América.²⁵ Pese a todo, sí es cierto que llegó a dibujar mapas, aunque su aprendizaje fue autoinstruido. Cronistas como el padre Las Casas dijeron que, durante algunas etapas de su vida, especialmente estando en Castilla entre 1485 y

1492, sobrevivió confeccionando «cartas de marear» y mercadeando con libros. De hecho, durante sus travesías indianas iba elaborando mapas cartográficos, como él mismo anotó en su diario de a bordo, aunque por desgracia no se haya conservado más que uno muy básico, atribuido a su pluma. Colón poseyó nociones de latín, aunque el aprendizaje de esta lengua fue tardío porque consideraba que este idioma culto era esencial para convencer a los eruditos de la viabilidad de su propósito.²⁶

Poco a poco fue incorporando informaciones procedentes de algunas lecturas selectas que fue completando a lo largo de su existencia, además de la información que obtuvo de numerosos marinos de su entorno. Su aprendizaje fue extraordinariamente lento y tardío, y, de hecho, en su diario apenas incluye una vaga referencia a Plinio, como única pincelada erudita. Inicialmente había leído a Ptolomeo, Toscanelli y poco más, tanto es así que al sabio griego lo designa siempre a la portuguesa, es decir, como Ptholomeu.²⁷ El resto de las lecturas las fue interiorizando después del regreso de su segundo viaje, aunque los volúmenes que atesoraba en su biblioteca particular nunca pasaron de una treintena.

Como ya hemos dicho, estando en Portugal leyó una edición de 1479 de la *Geografía* de Ptolomeo (100 d. C.-170 d. C.), que se difundió por Europa desde su traducción del griego al latín y de la que, desde principios del siglo xv, circulaban varios manuscritos por toda Europa, retitulados como *Cosmographia*.²⁸ Su autor era un matemático, astrónomo y geógrafo egipcio helenizado del siglo ii d. C. cuyos textos tuvieron un enorme impacto, especialmente durante el siglo xv. Se trataba de un verdadero diccionario geográfico de las regiones conocidas en su tiempo a las que se les asignaron los datos longitudinales y latitudinales para su perfecta ubicación. Aunque estaba plagada de inexactitudes, sus coordenadas revolucionaron la cartografía bajomedieval. Para él, la Tierra era esférica y el centro de todos los astros, pero desestimó los acertados cálculos de Eratóstenes sobre la circunferencia terrestre, reduciéndola en un cuarenta por ciento.²⁹ Los datos errados de Ptolomeo le vinieron muy bien y con frecuencia lo citaba para dar autoridad a sus teorías, aunque en otras ocasiones lo rebatiera, sobre todo en su hipótesis de la inhabitabilidad de las zonas subtropicales y ecuatoriales. Aludir a este sabio clásico resultaba clave, ya que gozaba de una gran reputación en los centros universitarios, pese a que algunos de sus postulados estuviesen siendo cuestio-

nados, sobre todo a raíz de los hallazgos portugueses.³⁰ Sin duda, la imagen del mundo que tenía Colón en la cabeza era una síntesis de las que poseían Ptolomeo y Toscanelli. Probablemente, si no mencionó a este último fue porque pensaba que le restaría mérito que todos supiesen que buena parte de su proyecto no era original sino inspirado en este sabio italiano.

Asimismo, dispuso de un ejemplar de la *Historia natural* de Plinio, en concreto la traducción de Cristoforo Landino, en cuyo texto figuran veintitrés anotaciones de su puño y letra, todas en castellano, menos dos en latín y otra más en italiano.

Sin embargo, el autor que más le influyó fue el francés Pierre d'Ailly, un reputado matemático y cosmógrafo que llegó a ser canciller de la Universidad de París, cardenal de Cambray y confesor del rey de Francia.³¹ Su libro, la *Imago mundi*, fue escrito alrededor de 1410, aunque él manejó una edición impresa en Lovaina en torno a 1483, y era una verdadera enciclopedia geográfica del mundo conocido.³² El religioso francés no solo defendió la esfericidad del orbe, sino la posibilidad de viajar desde Europa a Asia por el oeste. Fue uno de sus libros de cabecera, y su ejemplar se conserva en la Biblioteca Colombina de Sevilla. Como explicó Emiliano Jos, muchas de las citas de autores clásicos a las que aludía Colón las extrajo indirectamente de la *Imago mundi*, entre ellas las referencias al profeta Esdrás.³³ En sus páginas escribió de su puño y letra numerosas apostillas, que son una buena muestra de lo que pasaba por su mente en relación con sus planes.³⁴

Otro de los volúmenes que leyó, releyó y anotó fue la *Historia rerum ubique gestarum* de Eneas Silvio Piccolomini —que después sería el papa Pío II—, publicada en Venecia en 1477. Este describió Asia, ofreciendo muchas citas indirectas sobre China y su emperador, el Gran Khan, procedentes de las obras de Marco Polo, Nicolò de Conti, John de Mandeville y Odorico de Pordenone.³⁵ Aunque sostenía la circunnavegación de África como ruta para llegar a Asia, el religioso defendió que todos los mares eran navegables y todas las tierras habitables, una idea que influyó mucho en su cosmovisión.

Y tardíamente, en 1497, el comerciante inglés John Day le hizo llegar el libro del veneciano Marco Polo, que por tanto no pudo leer antes de ese año, y cuyo ejemplar se custodia hoy en los repositorios de la Biblioteca Colombina.³⁶ Una prueba de que no lo había leído se aprecia en su propio diario, en el que escribió, el 30 de octubre de

1492, que Cathay —China— era una ciudad, lo que no habría podido decir si hubiese leído al viajero veneciano, que sostenía que era un vasto territorio.³⁷ Por tanto, de inicio solo dispuso de referencias indirectas de ese texto, a través de las obras de Piccolomini y del florentino Toscanelli.³⁸

Como es bien sabido, la familia veneciana Polo, concretamente Mateo, Nicolás y el hijo de este, Marco, estuvo comerciando por vía terrestre con China desde mediados del siglo XIII, favorecida por la estabilidad que había proporcionado el liderato de Gengis Khan, en un período que se conoce como *Pax mongolica*.³⁹ El miembro más importante de esa familia de viajeros fue Marco Polo (1254-1324), por la magnitud de su viaje, que duró veinticuatro años y abarcó Mongolia y China. Lo hizo a partir de 1271, y vivió durante una larga temporada en la corte del Gran Khan, que, según él, etimológicamente significaba rey de reyes, hasta su retorno a Venecia en 1296.⁴⁰ Su libro *Las maravillas del mundo*, conocido a nivel popular como *El millón*, lo concibió tres años después de regresar, con la colaboración y el auspicio del pisano Rusticello, al que conoció en la cárcel, tras la derrota de la armada veneciana. Su obra se convirtió en uno de los textos más leídos de la Baja Edad Media, e influyó tardíamente en el propio Cristóbal Colón.⁴¹ Huelga decir que hubo numerosos trotamundos que estuvieron en la India y en China desde la Alta Edad Media con anterioridad al veneciano, como Guillermo de Rusbruck, Andrés de Perugia, Ibn Haukal, Ibn Batuta o Jordán de Severac, pero Polo fue el que con más detalle describió la tierra y el viajero cuyos textos alcanzaron una mayor trascendencia. Ya en vida del propio Marco Polo su obra tuvo una gran notoriedad, siendo muy leída y referenciada durante la Baja Edad Media, lo que determinó durante siglos la imagen exótica y misteriosa que se tuvo del tercero de los continentes conocidos. Durante los siglos XIV y XV toda Europa quedó fascinada por sus descripciones de Tartaria, de la corte del Gran Khan, del Cathay y de la riquísima isla de Cipango.⁴² Aunque el veneciano era mercader, describió especialmente el exotismo y las riquezas de Oriente, dejándose llevar por sus propias fantasías pese a haber visitado los lugares que describió. Bien es cierto que sus descripciones son una fusión de realidad e imaginación, en la que tiene mucho peso la literatura clásica que él conocía con anterioridad a su viaje. Pero es seguro que vivió en primera persona los acontecimientos que narró, y tanto se implicó en el conocimiento de la cultura y de

la sabiduría de la zona que llegó a hablar chino a la perfección. Lo cierto es que la imagen asiática descrita por Polo ejerció en él un enorme influjo, pues era la mejor descripción del Lejano Oriente que circulaba o era accesible en Europa.⁴³

También cayó en sus manos un ejemplar del mismo título de sir John de Mandeville, un cortesano inglés que publicó su obra en 1371.⁴⁴ En realidad, se trataba de un viaje ficticio de un personaje que supuestamente recorrió Asia durante más de tres décadas, ya que Mandeville nunca estuvo en aquel continente. Esta obra demuestra la avidez que existía en Europa por saber más de Asia, de ahí que al propio Marco Polo le salieran competidores. El texto de Mandeville tuvo una extraordinaria difusión, mayor incluso que la de la obra del veneciano, y el propio Hernando Colón lo citó como una de las lecturas de su padre.⁴⁵ Eso sí, parece que al igual que el libro de Polo, cayó en sus manos con posterioridad al Descubrimiento, y que se tomó sus descripciones como verídicas, cuando, en realidad, se trataba de una obra fabulada.

Los mitos de las riquezas y del paraíso terrenal que Colón ubicaba en el continente asiático proceden de sus lecturas de estos autores, por lo que compuso en su mente un mundo mítico, plagado de leyendas sobre sus fabulosas riquezas y de relatos fantásticos. Él escribió que La Española y la isla Tortuga eran verdaderos paraísos terrenales, aunque no el Paraíso, que terminó ubicando en las bocas del Orinoco, según él, uno de los cuatro ríos que bajaban desde la montaña donde se localizaba la fuente de la vida. Además, mencionan que los antiguos gobernantes de Cathay habían querido mantener la relación con los cristianos, y el papa había enviado evangelizadores, lo que reforzaba y retroalimentaba sus convicciones.

Sabemos que en su proceso de formación siguió comprando libros que se fueron incorporando a su pequeña pero selecta biblioteca, entre ellos la *Filosofía natural* de Alberto Magno y el *Almanaque perpetuo* de Abraham Zacuto. Además, en sus estanterías se encontraba un ejemplar de Plutarco, *Vidas paralelas*, también muy anotado, y después de su cuarto viaje terminó de componer, con la ayuda de su amigo fray Gaspar Gorricio, el *Libro de las Profecías*.⁴⁶ Es posible que dispusiese de obras de san Agustín, Josefo, san Jerónimo, y el *Vocabulario* de Alonso de Palencia, autores a los que alude con frecuencia, al igual que la Biblia, sin la cual no se puede entender que escribiese el ya citado ejemplar profético.⁴⁷ Por tanto, además de un profundo

dominio de la Biblia, sus lecturas se limitaban a un puñado de autores, algunos clásicos y otros modernos, como Claudio Ptolomeo, Pierre d'Ailly, Plinio, Plutarco, Juan Balbo, Marco Polo, Alonso de Palencia y Eneas Silvio Piccolomini, y referencias indirectas a Platón, Aristóteles, Séneca, Averroes, san Agustín, Josefo, san Jerónimo y Alfragano, entre otros. Es cierto que tuvo toda su vida mucho interés por aprender, interesándose por obras que no siempre pudo conseguir, pues el mundo del libro era entonces bastante caro y había que tener mucha paciencia y ser muy persistente para conseguir algunos títulos.⁴⁸

Podemos concluir que más allá de las primeras letras, no tuvo una formación académica, y que, por supuesto, jamás estudio astronomía, cosmografía, matemáticas ni cartografía, por lo que sus conocimientos eran eminentemente prácticos, fruto de su curiosidad, de sus lecturas y de su extraordinaria capacidad reflexiva. De hecho, como escribió Fernández de Enciso en 1552, el primer almirante no se inspiró tanto en los tratadistas clásicos como en su experiencia, que, decía, «es madre de todas las cosas».⁴⁹

No obstante, como advirtió Juan Gil, su formación era mucho más completa en cuestiones geográficas que la que poseían la mayoría de los eruditos y marinos de su tiempo.⁵⁰ En una época en la que un porcentaje importante de la población no sabía leer ni escribir, incluyendo una buena parte de la marinería, atesoraba más formación y cultura que la mayor parte de sus contemporáneos. De hecho, era uno de los pocos marinos que elaboraban su propio diario, un verdadero cuaderno de bitácora, algo que hizo en sus cuatro viajes.

Su gran ingenio, del que hablara Angelo Trevisan, y su experiencia compensaban con creces su limitada formación científica, que se circunscribía a aquellos textos que respaldaban sus ideas sobre la existencia de tierras al oeste. Mediante la observación de las estrellas, se convirtió en un experto capaz de detectar incluso el movimiento de la estrella polar y calcular su posición aproximada en función de los astros. Aunque no tuviese una formación académica reglada, su capacidad de observación y su experiencia en el mar le confirieron el grado de experto, de ahí que incluso un cronista indígena tardío como Chimalpahin lo calificase como «un gran sabio acerca de la tierra y los mares».⁵¹

Como podemos observar, estuvo inmerso en un proceso de aprendizaje continuo en el que intuía, viajaba, planeaba, calculaba y apun-

taba aquellos datos que su propia experiencia le iba aportando. Para aparentar un conocimiento científico más amplio del que poseía era muy dado a citar a autoridades, algunas de las cuales conocía por referencias directas y en otros casos indirectas, a través de otros autores. Disfrutaba hablando con marineros y pescadores que le contaban anécdotas personales de curiosos hallazgos y avistamientos en el océano que luego comentaba con su concuñado, Pedro Correa, señor de Porto Santo. Se enteró de relatos de viejos marinos o conocidos que hablaban de extraños maderos, cañas, canoas y hasta cuerpos inertes de razas desconocidas que habían aparecido en las islas Madeiras. Incluso su propio concuñado le comentó que había visto, en aguas de Porto Santo, un madero con extraños grabados y cañas gruesas. Asimismo, según el propio Colón, el rey Juan II le enseñó diversos objetos que decía habían llegado a las costas portuguesas desde lugares remotos.⁵² Y en este mismo sentido, el piloto luso Martín Vicente le contó que, navegando muy al oeste del cabo de San Vicente, encontró un trozo de madera con grabados cincelados que debía de haber traído la corriente desde el otro lado del océano.⁵³ Pero no solo se avistaron maderos y cañas, sino también naufragos con rasgos extraños —«las caras muy anchas y de otro gesto»— como los que se vieron en las islas Azores y de los que se presumía que habían sido arrastrados por la corriente.⁵⁴ En una de sus apostillas, escribió que había visto en la costa de Galway, Irlanda, unos leños que la corriente había llevado hasta allí, en los que estaban esculpidos dos rostros muy raros, de un hombre y de una mujer. También Jerónimo Münzer, que viajó por España y Portugal entre 1494 y 1495, narró que vio en persona muchos objetos de raras facturas que coleccionaban algunos nobles portugueses, lo que indica la sensibilidad que se vivía sobre la existencia de tierras exóticas, lejanas, ubicadas al otro lado del océano.⁵⁵ Asimismo, muchos marineros de las islas Canarias y de las Azores afirmaban que en días muy claros se avistaban tierras al poniente. Obviamente, no debían de ser más que efectos ópticos que provocaban las bandas nubosas o los bancos de nieblas, pero todas esas teorías, directes y leyendas le llevaron a la convicción de que había tierras cercanas al otro lado del Mar Tenebroso. Estaba absolutamente convencido de ello, al igual que muchos marinos lusos y onubenses.

Tras llegar a esa convicción, decidió formarse, leyendo a los clásicos, para ofrecer un proyecto viable y razonado a sus posibles patro-

cinadores. Su universo mental era bastante simple, se basaba en conjeturas y en datos científicos que seleccionó a su antojo para hacerlos encajar con la imagen que él ya tenía. Y como escribió José Luis Comeillas, cuanto más se ilustraba más se obstinaba en sus equivocaciones, pues leía partiendo de unas ideas previas que quería verificar a toda costa.⁵⁶

¿Y qué lenguas hablaba? Ramón Menéndez Pidal escribió un trabajo incontestable en el que demostró que se comunicó en varias: el dialecto genovés, el portugués, el castellano y el latín. Bien es cierto que no conoció en profundidad ninguna de ellas, lo cual no deja de tener su lógica, ya que, como navegante que fue, estuvo siempre de aquí para allá, en contacto con muchos idiomas, pero superficialmente. Su lengua materna no era el italiano, sino un dialecto genovés con el que guardaba notables diferencias.⁵⁷ Según su propio testimonio, empezó a navegar siendo muy joven, lo que explicaría que no escribiese el genovés, siendo la lengua que mejor hablaba el portugués, aunque la jerga que dominó fue la que usaban sus tripulaciones, que entremezclaban istmos de muy diversos orígenes. En sus años en Portugal habló con cierta soltura el portugués, aunque fue allí donde aprendió sus primeras nociones de castellano, que perfeccionaría a partir de 1485, cuando llegó a Castilla.⁵⁸ Tenía nociones de esas cuatro lenguas, pero hasta donde sabemos solo escribió en castellano y algunas frases y expresiones en un latín básico, aunque nunca en genovés, ni siquiera cuando se dirigía a sus compatriotas. Eso sí, escribía en un castellano plagado de portuguesesmos, y en menor medida de galleguismos, catalanismos e italianismos.⁵⁹ Y es que, como decía el padre Las Casas, hablaba con un acento extraño que evidenciaba su origen extranjero, y, además, a veces no entendía el sentido exacto de algunas de las palabras que usaba.⁶⁰ Por lo demás, dadas sus largas estancias en Sevilla, con frecuencia seseaba, escribiendo *aseite* en vez de aceite o *tosino* en vez de tocino.⁶¹

En cuanto a su firma, se conservan un total de cuarenta y dos autógrafas, y con anterioridad a 1502 firmaba simplemente como el *almirante*, y desde este año, con el famoso anagrama de siglas triangular que sigue siendo objeto de debate.⁶² La forma piramidal ha hecho que algunos la vinculen con la Cábala, y, por lo demás, se han planteado todo tipo de teorías, unas más plausibles que otras, para descifrarla. Para muchos, siguiendo a Eugène Dognée, son iniciales de las siguientes palabras latinas: *Sit / sibi antecedens Semper / Xristus Ma-*

ria *Yesus / Christo Ferens*, que traducido sería, a su juicio: *Que Jesucristo con María vayan siempre con Cristóbal Colón*.⁶³ Sin embargo, yo creo que el desglose de las siglas puede ser más simple: S. / S. A. S. / X. M. Y.: *Señor, Su alta señoría, Excelente, Magnífico, Ilustre*. Teniendo en cuenta el carácter del almirante, es más que plausible que sean las siglas de este pomposo tratamiento que creía debía tener, como almirante que era de la mar oceánica y virrey. A partir del 16 de febrero de 1502, le añadía la palabra almirante y la expresión *Christo ferens*, es decir, el que lleva o conduce a Cristo.⁶⁴

EL HOMBRE DE MAR

Pese a tener una escasa formación reglada, no le faltaban ingenio y una extraordinaria capacidad de improvisación, pues, como escribió Francisco López de Gómara, «no era docto, más sí bien entendido».⁶⁵ En parecidas palabras se expresa su amigo el cura de los Palacios: era «de muy alto ingenio, sin saber muchas letras», una idea que desde entonces ha apoyado toda la historiografía.⁶⁶ En ese mismo sentido, su compatriota Michele Cuneo sostuvo que hasta su tiempo no había habido nadie que supiese más en cuestiones prácticas de navegación, porque solo con ver una nube o una estrella en la noche sabía el tiempo que iba a hacer.⁶⁷ En los Pleitos colombinos, también salieron a relucir sus grandes conocimientos náuticos, aunque fuesen parte interesada. Por no insistir demasiado, destacaré un par de declaraciones, la de su camarero Pedro Salcedo, que dijo que fue «uno de los mayores hombres del mundo en el arte de marear», y la de Gonzalo Alonso, que aseveró que fue «un sabio en las cosas de la mar».⁶⁸ Sus conocimientos se fundamentaban en la observación minuciosa del mar y de las estrellas, lo que le llevó a predecir huracanes y tormentas y, por supuesto, a conocer la dirección de los vientos y de las corrientes marinas. A ello hay que sumar una formidable capacidad intuitiva, un talento que, a decir de Emilio Castelar, es uno de los signos distintivos de todo genio.⁶⁹ Así, por ejemplo, al regreso de su primera aventura, observó que la *Niña* se balanceaba en exceso por falta de lastre y dispuso que se llenaran los barriles de agua salada para proporcionarle más estabilidad.⁷⁰ La situación mejoró en los días posteriores y logró entrar en el estuario del Tajo. Asimismo, a sabiendas de que se iba a producir un eclipse lunar, les dijo a los naturales de Jamaica que

su dios estaba enojado con ellos, como podían comprobar al día siguiente mirando al firmamento.⁷¹ Así lo hicieron y, tras observar el oscurecimiento, no dejaron de llevarle alimento y ayudarlo en todo lo que les demandaba. Igualmente, en un banquete demostró a todos los presentes que un huevo podía mantenerse en vertical sobre la mesa, aunque no tenemos la certeza de que fuese el protagonista de esa anécdota.⁷² Pero cierta o no, nadie puede negar su intuición, su espíritu visionario y milagrero y su arrojo, ya que él y sus hombres se echaron a la mar en fragilísimos navíos, en una aventura incierta donde se jugaron la vida. Sus lecturas, su experiencia, su curiosidad y su extraordinaria capacidad de observación lo convirtieron, como dijo uno de sus grandes admiradores, el padre Las Casas, en una persona «doctísima» en el arte de navegar.⁷³

No hay que olvidar que el aprendizaje náutico en aquellos tiempos seguía siendo práctico, pues no existía una escuela de pilotos ni nada parecido a lo que después será la sevillana Universidad de Mareantes. Había aprendido de manera práctica a usar lo mismo el timón de codaste que la brújula —entonces llamada aguja de marear—, instrumentos esenciales para lo que ellos llamaban engolfarse, es decir, adentrarse en el océano. La brújula es uno de los grandes inventos de la historia y ha sido fundamental para la navegación hasta la Edad Contemporánea. Se trata de una aguja imanada, suspendida sobre un círculo graduado que señala al polo magnético, que no coincide exactamente con el norte, como pudo comprobar el propio Colón. La brújula es un invento chino introducido en el siglo xi en el Mediterráneo por los musulmanes, que pasó al Atlántico tres siglos después, aunque su uso en ese tiempo fue muy limitado, entre otras cosas porque la navegación que se solía hacer era de cabotaje.⁷⁴ Todavía a finales del siglo xvi, el padre José de Acosta se sorprendía de que un pequeño imán «mande en la mar y obligue al abismo inmenso a obedecer y estar a su orden».⁷⁵ Pero era esencial para emprender cualquier periplo ultramarino pues, como escribió López de Gómara, sin ella «las naos se perderían en el océano».⁷⁶ Él la usaba con una rosa de los vientos sobrepuesta en la que se indicaban treinta y dos rumbos posibles, que eran puntos cardinales intermedios, y presuponemos que también lo hacían los capitanes de la *Pinta* y de la *Niña*. Además, disponía de otros instrumentos náuticos, como el compás, los mapas, la ampolleta, el cuadrante, y quizá también el astrolabio.⁷⁷

El astrolabio era un aparato usado por los marinos musulmanes desde el siglo VIII de nuestra era, pero hasta el siglo XV no lo utilizaron los portugueses, aunque la latitud no se midió con precisión hasta bien entrada la centuria siguiente.⁷⁸ La ampollita o reloj de arena que se usaba en tiempos del Descubrimiento estaba compuesta de dos conos de cristal y la arena caía de uno a otro, en períodos de media hora. Había que estar continuamente pendiente para girarlo cada vez que trascurrían esos treinta minutos, porque resultaba esencial para estimar la distancia recorrida. El descuido que cometían los pajes al darle la vuelta antes o después de caer la arena provocaba notables errores de cálculo. La profundidad se controlaba con una sonda, que era una simple cuerda con nudos y un pequeño lastre en la punta.

Colón cometió considerables deslices en los cálculos de la latitud, pues, además de lo rudimentario del cuadrante, con el que medía la altura de la estrella polar y del Sol, el movimiento de la nao no le permitía utilizarlo con precisión. Se ha demostrado que la medía usando una tabla inserta en la *Imago Mundi*, que se conocía desde tiempos de Ptolomeo, calculando las latitudes en función de la declinación solar. Equivocó la latitud en siete de las ocho ocasiones en que la estimó, quizá por el descuido de los pajes en dar la vuelta a la ampollita, pero sobre todo por el movimiento del barco, lo que impedía calcular exactamente la variación del ángulo solar en relación con la hora. De hecho, siempre situó el área caribeña en la misma latitud que las islas Canarias, cuando estaban bastante más al sur. Pero hay que tener en cuenta que, a finales del siglo XV, eran pocos los marinos que sabían usar esos instrumentos.

Por tanto, podía conocer con mucha inexactitud la latitud, usando el cuadrante o el astrolabio, y midiendo la altura de la polar, pero no tenía medios para averiguar la longitud más allá de la simple estimación, ya que aún no se usaba la corredera. De hecho, la primera vez que sabemos que se usó fue en el viaje de Magallanes-Elcano de 1519-1521, aunque la medición de la longitud no fue precisa hasta el siglo XVIII.⁷⁹ Pese a todo, como escribió Antonio de Herrera, calculaba mejor que nadie las leguas recorridas y, por tanto, la longitud, siempre y cuando no se estuviese navegando a la bolina.⁸⁰ Eso explica que, al regreso del primer viaje, al divisar unas islas, supiese que estaba ante las Azores, frente a la opinión del resto de la tripulación, que afirmaba estar ante las islas Madeiras o ante la Roca de Sintra, junto a Lisboa.

En los peores momentos, cuando nadie lo apoyaba, se ganó la vida elaborando cartas náuticas que, a decir de Las Casas, «sabía muy bien hacer».⁸¹ Y no era un mal negocio, puesto que estos mapas cartográficos requerían una gran especialización y se vendían a muy buen precio.⁸² Hay muchas referencias sobre las esferas y mapamundis que envió, lo mismo a Paolo del Pozo Toscanelli que a los Reyes Católicos, antes y después de sus descubrimientos. Así, por ejemplo, el padre Las Casas refirió que a través de Lorenzo Biardo, un florentino que vivía en Lisboa, remitió a Paolo Toscanelli una esfera en la que le explicaba el viaje que estaba proyectando.⁸³ Y el 5 de septiembre de 1493, poco antes de zarpar, los soberanos le recordaron que no se olvidase de dejarles la carta de marear que estaba confeccionando.⁸⁴ Igualmente, en su relación del segundo viaje, fechada en La Isabela, el 20 de enero de 1494, manifestó que «con harto trabajo» tenía bastante avanzado un mapa cartográfico con todas las islas descubiertas y que lo quería remitir junto a otras «pinturas» que había hecho el año anterior.⁸⁵ Tras su tercera travesía, volvió a confeccionar un mapamundi y una esfera, que entregó a Juan Vizcaíno con el encargo de que sacara un traslado, y lo mismo hizo en relación con lo descubierto en su cuarta jornada.⁸⁶ Y es que, como afirmó Juan Ferrán de Posada, que las vio en persona, levantaba cartas de todas las tierras que descubría con mucha facilidad.⁸⁷ Por desgracia, pese a esa amplia labor cartográfica, apenas se ha conservado un rudimentario mapa de 1492, custodiado en el Archivo Ducal de Alba, donde aparecen la costa norte de La Española y la isla Tortuga.⁸⁸ Por cierto, también su hermano Bartolomé fue un excelente cartógrafo, pues según su sobrino Hernando, aunque no era latino, «sabía muy bien hacer cartas de navegación, esferas y otros instrumentos náuticos».⁸⁹ De hecho, en 1513 hizo llegar a Fernando el Católico una carta y una pintura que había elaborado en las que se representaban los territorios hallados hasta la fecha.⁹⁰

Por lo tanto, combinaba ciertos conocimientos teóricos con una larga experiencia práctica, lo que sumado a su agudeza le convirtió en uno de los grandes marinos de su época. Parece obvio, como escribió Julio Guillén Tato, que llegó a tener conocimientos muy por encima del resto de los pilotos y marinos de su generación.⁹¹ De las decenas de barcos que capitaneó solo naufragó, debido a un accidente, uno de ellos, la *Santa María*, por un descuido suyo que se concatenó con otros errores que llevaron a la irreparable pérdida.⁹² Los que naufragaron en su cuar-

ta travesía no lo hicieron debido a ningún error, sino al pésimo estado en el que llegaron, incompatible con su flotabilidad. Y ello a pesar de que los siniestros en estos primeros años fueron muy frecuentes, dado que aún no estaban cartografiadas las costas y tampoco se conocían los bajíos y roquedos.⁹³

SU UNIVERSO MENTAL

Colón pensaba igual que muchas de las personas de su tiempo, pues vivió a caballo entre el medievo y la modernidad, representando él mismo un punto de inflexión. Por un lado, su visión filosófica, su misticismo, sus creencias y su espíritu religioso tenían una honda raigambre medieval. Y por el otro, su individualidad, su entereza en la adversidad, su ambición, su creatividad, su curiosidad científica y ese sueño por abrir una nueva ruta hacia la especiería le otorgaban iniciativas propias de un espíritu renacentista. Su concepción del mundo era el perfecto reflejo de esa Vieja Europa que trataba de sacudirse sus ataduras y lanzarse al mundo, por lo que podemos decir que fue un personaje que vivió entre dos épocas.

En su cabeza todavía rondaban los grandes mitos medievales, que, al igual que sus contemporáneos, no solo conocía, sino que creía a pies juntillas. En aquella época no existía una separación entre lo natural y lo sobrenatural, ambos estadios estaban comunicados e interrelacionados.⁹⁴ Cuando en su primera travesía ultramarina observó el Teide en erupción, y después la caída de un bólido, interpretó que estaba ante fenómenos naturales compatibles con alguna señal o intervención divina. Asimismo, anotó ingenuamente, tanto en su diario como en la «carta anunciadora», que no había encontrado monstruos en las nuevas tierras, sino multitud de personas «de muy lindo acatamiento».⁹⁵ Sin embargo, sí que tuvo ciertas noticias de los caribes, unos pueblos belicosos que a su juicio cometían una monstruosidad, la antropofagia, una aberración que se acercaba bastante a esa condición inhumana de las quimeras. También oyó hablar de una isla poblada por mujeres varoniles que no tenían ningún trato con los hombres, reiterando la vieja fábula de las Amazonas, que, claro está, no existían más allá de su propia imaginación.⁹⁶ Todo ello es un claro indicio de que, antes de emprender su aventura, no estaba seguro de si iba a encontrar o no a esos seres monstruosos. Tampoco descartaba encon-

trar el paraíso terrenal, que, según había leído en la obra de Pierre d'Ailly, se ubicaba en Asia. Así, en su tercera aventura, cuando llegó a las bocas del Orinoco, en el golfo de Paria, actual golfo de la Ballena, creyó que lo había encontrado. El estruendo —macareo— que producía el choque del agua dulce con la salada le pareció una prueba evidente de que debían de ser los ríos del Edén. ¿Qué otra cosa podía ser? Sus palabras ante el extraordinario hallazgo rezuman la emoción del momento:

Grandes indicios son estos del paraíso terrenal, porque el sitio es conforme a la opinión de estos santos y sacros teólogos, y, asimismo, las señales son muy conformes, que yo jamás leí ni oí que tanta cantidad de agua dulce fuese así adentro y vecina con la salada...⁹⁷

Sin duda, conocía la descripción medieval del Edén, en el que había una fuente de la que manaba mucha agua dulce que surtía a los cuatro grandes ríos asiáticos, el Nilo, el Tigris, el Éufrates y el Ganges, y que, al desembocar y colisionar con el agua salada, producía un ruido ensordecedor.⁹⁸ Esta localización reforzaba, además, su convicción de que aquel inmenso territorio pertenecía al continente asiático. El problema era que el Orinoco llevaba bastante más agua que esos cuatro ríos juntos, por lo que era evidente que las piezas no encajaban. Pero su testarudez para verlo todo con el cristal de sus convicciones lo llevó a elaborar una teoría para forzar allí su localización: según dijo, la Tierra no era exactamente esférica, sino que tenía una protuberancia mamiforme, es decir, de forma pectiforme o de pera, en cuya parte superior se encontraba la montaña del Paraíso, y tenía un rabillo que se correspondía con el Árbol de la Vida.⁹⁹ Estaba convencido de que había realizado un extraordinario aporte a la humanidad, nada más y nada menos que la situación exacta del Edén, descrito por los sabios clásicos. Su ideario no era en absoluto singular, pues en aquella época se creía en los presagios, en señales de origen sobrenatural que anunciaban algún tipo de acontecimiento futuro. Estos mitos estuvieron muy difundidos en Europa, no solo en la Baja Edad Media, sino también durante la Edad Moderna. También Américo Vespucio pensó en el paraíso terrenal cuando en 1499 estuvo en la misma zona, y todavía en el siglo xvii algunos autores seguían situándolo en las Indias Occidentales, unos en Norteamérica y otros en Sudamérica.¹⁰⁰ Y no solo era una idea generalizada entre

las personas del común, sino también entre algunos sabios y humanistas, como Tomás Moro, que situó su mítica isla de Utopía en algún lugar del Nuevo Mundo. Bien es cierto que su fe en este hallazgo contrastó con el escepticismo con el que se lo tomaron en Europa, ya que incluso un cronista tan vinculado a él como Pedro Mártir de Anglería pensó que era una mera fábula, mientras que su hijo Hernando lo omitió por completo.¹⁰¹ Tampoco parece que la propia Corona se lo tomase en serio; de hecho, la junta de expertos desechó sus opiniones y fue una de las razones que se esgrimieron para abrir las rutas a otros navegantes.¹⁰²

Para plantear un viaje hacia el oeste había que empezar por dar por segura la esfericidad del planeta, algo que ningún erudito del siglo xv dudaba. Ya los sabios de la antigüedad defendieron, o al menos intuyeron, su redondez, entre ellos Platón, Aristóteles, Pitágoras y muy en particular Eratóstenes de Cirene, unas ideas que subsistieron durante la Edad Media.¹⁰³ De hecho, se ha demostrado que la inmensa mayoría de los sabios medievales conocían la esfericidad del globo, aunque entre el pueblo persistía la planitud, así como la existencia de monstruos terroríficos que poblaban las antípodas.¹⁰⁴ Sin embargo, Colón era un ejercitado marino y una persona razonablemente culta que estudiaba libros como la *Imago mundi*, en la que pudo leer que la Tierra era redonda; pese a todo, como tratándose de convencer, anotó al margen de una de las páginas del libro de d'Ailly —apostilla 480—: «*Terra est rotunda spherica*».¹⁰⁵ Esférica o con forma de pera, como dirá después, daba lo mismo, pues esta redondez era el primer paso en su proceso mental, un requisito imprescindible para comenzar a plantearse la posibilidad de buscar Asia por el oeste. Otro asunto diferente es que seguía pensando, y esto era una idea mayoritaria, que era el Sol el que giraba en torno a la Tierra, y no al revés.¹⁰⁶ Eso sí, él nunca demostró de forma empírica esta esfericidad, como algunos han planteado, porque el primero en circunvalar el planeta fue, como es sabido, Juan Sebastián Elcano, varias décadas después.

La segunda idea que debió madurar fue la de la supuesta inhabitabilidad de la zona intertropical, que, en este caso, sí tenía un enorme arraigo desde la antigüedad. Sabios clásicos, como Plinio, sostuvieron la redondez terráquea, pero defendieron que solo dos quintas partes del planeta eran habitables, porque ni los polos ni las zonas calientes podían albergar vida.¹⁰⁷ Esta idea se mantuvo vigente durante

la Edad Media, viéndose la zona intertropical como una descomunal sauna humana donde ningún ser humano podría sobrevivir y donde no habitaban más que monstruos marinos. El límite se había fijado tradicionalmente en el cabo Bojador, hasta que, en 1434, el portugués Gil Eanes, escudero de Enrique el Navegante, lo cruzó. Se había dado la vuelta en dos ocasiones, horrorizado, pero el soberano le dijo que si no lo rebasaba, no volviese, y cumplió con su cometido en una tercera ocasión. Nada tiene de particular que Alessandro Geraldini escribiera después que fueron los lusos quienes demostraron que la zona cálida estaba muy poblada.¹⁰⁸ Pero estaba tan interiorizada la idea que Américo Vespucio insistió en su sorpresa al encontrar los trópicos tan poblados. Pero, es más, todavía a finales del siglo XVI, Juan de Cárdenas afirmaba que el calor era insufrible en el área tropical, aunque los clásicos se equivocaron al decir que el calor era tanto que la hiciese inhabitable.¹⁰⁹ Una vez más, el almirante se hizo eco de los avances lusos, que, además, pudo verificar en primera persona, en sus viajes a San Jorge da Mina, un fuerte construido en Cape Coast Castle, en el actual estado de Ghana, en 1481. Y en otra de esas apostillas volvió a incidir en ello, anotando en caracteres latinos que los trópicos no son inhabitables, sino que están muy poblados, como habían comprobado los que navegaban por aquellas latitudes.¹¹⁰ Se trataba del segundo paso necesario para la superación de su propio complejo medieval.

Y finalmente, quedaba una tercera barrera: la enorme distancia que, según la mayoría de los eruditos, separaba a los dos continentes por el océano Atlántico. Para los científicos del momento —muchísimo más acertados que él, por cierto—, el trecho era tan grande que era imposible que llegase ninguna expedición con los medios de que disponían. No extraña que las juntas de expertos se mofasen de sus ideas, en particular por la cuestión de las distancias. Lo cierto es que fue en Portugal donde se convenció de que había tierras al oeste y allí mismo comenzó un proceso de manipulación de datos para hacer encajar a la fuerza la existencia de tierras donde él creía ubicarlas. Para cuadrar las distancias reales con las que él tenía en su cabeza realizó dos operaciones.

Una, redujo el tamaño del orbe en una cuarta parte, al tomar la medida del grado terrestre de la *Imago mundi* del cardenal Pierre d'Ailly. Este había leído a Alfragano, quien, en el siglo IX, por encargo del califa Al-Mamún, había medido la circunferencia terrestre de

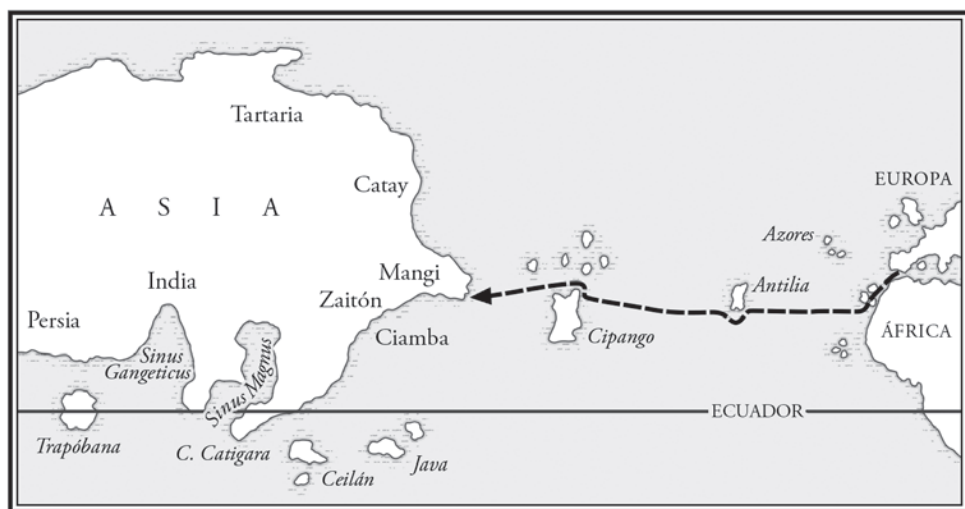
manera bastante precisa, siendo la suya la aproximación más exacta que existe hasta la Edad Contemporánea. Eratóstenes había calculado la circunferencia terrestre en cuarenta mil novecientos kilómetros y Alfragano en cuarenta mil doscientos cuarenta y ocho, acercándose mucho a la real, que se estima en cuarenta mil ocho kilómetros. Pero d'Ailly interpretó que había usado la milla itálica, de tres mil codos, y no la árabe, que era de cuatro mil, reduciendo la circunferencia en poco más de una cuarta parte, hasta los veintinueve mil kilómetros.¹¹¹ En poco más la calculó Paolo Toscanelli, unos treinta mil kilómetros, y Claudio Ptolomeo, en treinta y tres mil. Esta idea de un océano Atlántico de extensión limitada fue defendida por Toscanelli y su entorno, que, en 1474, se dirigió al rey de Portugal explicándoselo.¹¹² Por tanto, había tres autores, Ptolomeo, d'Ailly y Toscanelli, que por error cifraron la circunferencia terrestre en torno a los treinta mil kilómetros, una idea a la que se aferró el genovés toda su vida. Basándose en estos datos, todavía en su carta desde Jamaica, el 7 de julio de 1503, reiteró a los reyes «que el mundo no es tan grande como dice el vulgo».¹¹³

No satisfecho con la reducción del orbe en una cuarta parte, concibió un Asia muy alargada en el océano al confiar una vez más en las cifras de Pierre d'Ailly y de Paolo del Pozzo Toscanelli.¹¹⁴ Estos autores se fiaron de Marino de Tiro —pese a que había sido rectificado por Claudio Ptolomeo—, quien había interpretado mal el *me*, unidad de medida china, prolongando en exceso a Asia en el océano y acortando de esta forma la distancia con el continente europeo.¹¹⁵ Bien es cierto que había una tradición que arrancaba desde la antigüedad que defendía un continente asiático mucho más extenso de lo que se creía, como defendieron Séneca, Aristóteles o el arzobispo de Cambray, en la primera década del siglo xv. Pero lo cierto es que la mayoría de los cosmógrafos del siglo xv sabían que Marino de Tiro y los otros sabios clásicos estaban equivocados, entre otras cosas porque no ignoraban, como ya hemos afirmado, que fue corregido en su día por Ptolomeo.

Los cálculos de Toscanelli no diferían mucho de los de d'Ailly, ni los de estos dos con los de Colón, pues ambos autores le vinieron como anillo al dedo.¹¹⁶ No olvidemos que Toscanelli era un prestigioso humanista, amigo personal de Filippo di Brunelleschi y de Leon Battista Alberti, entre otros, y que, como otros personajes de su tiempo, era muy polifacético: astrónomo, geógrafo, físico y matemático.¹¹⁷ Era una de las pocas personas respetadas que defendían, desde antes

de que Colón ni siquiera se lo plantease, que era posible alcanzar Asia por poniente. De hecho, ya el 25 de junio de 1574, tras una petición previa, había enviado una carta al canónigo y médico luso Fernando Martins de Roriz, acompañada de un mapa cartográfico, hoy perdido, en la que explicaba su teoría.¹¹⁸ Ambos habían coincidido en Florencia y esta correspondencia pone de nuevo en evidencia el clima de curiosidad e inquietud que se vivía en el último tercio del siglo xv en torno a la existencia de islas al oeste e, incluso, en la posibilidad de encontrar una ruta mucho más corta y directa hasta la tierra de la especiería. La misiva evidencia la transferencia de información que había entre las ciudades del norte de Italia y la península Ibérica, fundamentalmente el reino de Portugal, que en el último tercio del siglo xv se estaban al menos planteando la posibilidad de emprender travesías oceánicas para alcanzar las casi míticas islas. Sin embargo, ya los sabios portugueses descartaron los datos de Toscanelli porque, con toda la razón, pensaban que las distancias calculadas por el italiano estaban erradas a la baja.

Pero cuando Colón supo de las teorías de Toscanelli se entusiasmó tanto con ellas que le solicitó información adicional y le remitió una esfera que representaba el viaje que tenía en mente.¹¹⁹ Al parecer, la petición tuvo como respuesta dos cartas que Toscanelli le remitió en las que le animaba a realizar su empresa.¹²⁰ Al menos una de ellas



Colón, La Isabela y La Navidad.

terminó cayendo en sus manos y estuvo depositada en su archivo personal, de donde con posterioridad la reproducirían en sus respectivas obras tanto su hijo como el padre Las Casas. Además, Colón aludió varias veces a ella, lo que evidencia que la debió de conocer con detalle. Para el sabio italiano, el camino a Asia por poniente era muy corto, mucho más que el que los portugueses realizaban bordeando África. A su juicio, además de no mediar una gran distancia, había muchas riquezas y un supuesto deseo de aquellos pueblos de restablecer una «plática y conversación» con la cristiandad.¹²¹ Buena parte de sus cálculos eran igual de incorrectos que los del propio Colón, pero se trataba de los errores más felices, fecundos o fructíferos de la historia.¹²² Bien es cierto que Toscanelli estimaba que entre Lisboa y Asia por occidente mediaban mil seiscientas veinticinco leguas, lo cual seguía siendo mucho, por lo que el genovés se vio obligado a achicar más aún el tamaño de la circunferencia terrestre. Tan influido llegó a estar por los textos del sabio italiano que tanto Hernando Colón como Bartolomé de Las Casas responsabilizaron a este último de los errores de cálculo que cometió el genovés. Pero la verdad, es que, como dice Antonio Ballesteros, sin Toscanelli Colón no hubiese podido defender su proyecto con la seguridad científica que lo hizo. Para ambos era posible llegar a Asia por occidente en pocos días, siempre y cuando los vientos fueran favorables.¹²³ No cabe ninguna duda de que su proyecto es deudor en gran medida del de Toscanelli, inspirador intelectual de su aventura ultramarina. Él lo citó muy pocas veces, quizá con la intención de no restar méritos a su propio proyecto, aunque sí lo hace el padre Las Casas, que alude a él como Paolo Físico.

Para fundamentar más sus teorías, citó con frecuencia a Pierre d'Ailly, quien, siguiendo al profeta judío Esdrás, del siglo v a. C., sostenía que Dios secó seis de las siete partes del planeta, por lo que solo una estaba cubierta de agua.¹²⁴ Estaba claro que si solo una séptima parte del orbe era agua, el océano que separaba ambos continentes no podía ser muy extenso, por lo que, a su juicio, su proyecto era viable. Su hijo Hernando nos confirmó que su padre creyó esta idea y que la mayor parte del globo estaba seca, «por ser mayor la superficie de la tierra que la del agua».¹²⁵ Y aunque el profeta no tenía ninguna credibilidad científica, todo sumaba para afianzar los datos erróneos de su plan. De manera que convirtió las diez mil seiscientas millas de distancia entre Europa y Asia en tan solo dos mil cuatro-

cientas, es decir, unas setecientas veintidós leguas de distancia con Cipango, que a su vez distaba de Cathay otras dieciséis. Ya estaba en condiciones de afirmar que la costa este de Europa y la oeste de Asia «*no multum dista*». ¹²⁶

Su proyecto no era más que un refrito de las teorías equivocadas de d'Ailly y Toscanelli, por lo que no tenía nada de original ni de meritorio. Leer a estos autores fue decisivo para dar forma a sus ideas y, además, citar a autoridades respetadas para dar un aire científico a su teoría. Como ya hemos dicho, tuvo un pleno convencimiento de que navegando setecientas treinta y ocho leguas al oeste de las islas Canarias llegaría a los dominios del Gran Khan y que, además, a medio camino podía encontrar algunas islas en las que aprovisionarse. Estimaba que, con un poco de suerte, teniendo vientos favorables, se podían recorrer veinticinco leguas diarias, por lo que se podría cubrir la distancia en menos de un mes. En todo momento trató de adaptar lo que iba encontrando con lo que tenía diseñado en su mente y en sus planisferios. Eso explica que cuando llegó a Cuba pensara que estaba en el Cipango, mientras que en La Española debían de estar Ofir y Tarsis, las míticas minas de oro con las que se había erigido el templo de Jerusalén, y ambas islas debían de estar a su vez muy cerca del Cathay. ¹²⁷ Y tanto fue así que le asignó a Cuba una latitud norte de cuarenta y dos grados, algo que era imposible, teniendo en cuenta que había situado Guanahaní a veintiocho grados. ¹²⁸

Todo estaba preparado en su mente, la empresa era ya factible, aunque, claro está, casi ningún cosmógrafo de su época respaldase tales cálculos, pues, como él mismo escribió, todos se lo tomaron «a burla, salvo los dos frailes que siempre fueron constantes». ¹²⁹ Evidentemente, el resto de los instruidos de su época, con bastante más acierto que él y sus dos referentes, d'Ailly y Toscanelli, estaban convencidos de que el trayecto era excesivo, ya que el viaje duraría más de tres meses y no había tecnología naval para alcanzarlo. De ahí se deriva el rechazo que encontró en cortes europeas como la portuguesa y la española. Tomás López Medel escribió, hacia 1570, que tanto el rey de Portugal como la reina de Castilla y León menospreciaron su plan, y solo lo consiguió llevar adelante por su perseverancia. ¹³⁰ Pero para él no solo era posible alcanzar Asia por occidente con la tecnología de su tiempo, sino que, además, era un itinerario más rápido y barato que el que pretendían los portugueses bordeando África.